

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES
25 Números, 2,50 pesetas.



LOS DOS HIERROS

No te acerques á mí, plebeya oscura.
¡Soy la brillante espada del soldado!
—Arma soy de la noble agricultura,
y mi nombre la reja del arado.

—Teñirme en roja sangre me divierte.
—Jamás en ella me miré teñida.
—Yo gozo con abrir surcos de muerte.
—Yo, al contrario que tú, surcos de vida.

RIPIO

Carranza es un canario
de nacimiento,
antiguo secretario
de Ayuntamiento.
De noche y día
entretiene sus ocios
la poesía.

En más de setecientas
octavas reales
rindió una vez las cuentas
municipales,
con sólo un ripio...
¡que le costó mil duros
al Municipio!



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.	EDUARDO SOJO	EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »			» semestre..... 6 »
	» año..... 10 »			» año..... 12 »
			EXTRANJERO...	» año..... 15 »

CASTELAR

(FRAGMENTOS DE SUS OBRAS)

Precio: 3 pesetas.

A los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 2,50 pesetas.

MAL NEGOCIO

Séanos lícito hacer la crítica de los planes financieros de Villaverde en la forma paradójica de una «historia del porvenir».

Se trata de una honrada familia de obreros. El padre lleva todavía gallardamente su medio siglo. La madre es aún fresca y agradable, á pesar de sus cuarenta y cinco otoños. Dos robustos muchachones de veinticinco y veinte años, respectivamente, respiran vigor y salud. Y un capullito de mujer de diez y siete primaveras, hace el encanto y la alegría de la casa.

Todo el mundo trabaja allí. El padre, de oficio albañil, se lisonjea de tener aún por delante diez años largos de labor útil. El chico mayor bate el hierro en una fundición. El más pequeño está empleado en una refinería de azúcar. Hasta la muchacha se gana ya la vida como costurera. Los salarios reunidos de todos ellos procuran á la familia cierto modesto desahogo. Allí reinan la paz, la prosperidad y el contento.

Sobrevienen los presupuestos de Villaverde, y con ellos entra en aquel hogar el infortunio. Los propietarios, abrumados por los tributos, rehusan hacer reparaciones en sus fincas. La fábrica de azúcar se cierra, ofreciendo de nuevo el espectáculo, muchas veces visto en España, de una industria naciente devorada en su cuna por el fisco. La empresa de la fábrica de fundición, perjudicada por los nuevos impuestos que aumentan el precio del mineral, limita sus negocios y despide á la mitad de sus obreros. Para colmo de infortunio, las Hermanas de no sé quién acaparan toda la labor femenina, haciendo al honrado trabajo libre de la mujer una ruinosa competencia. A medida que los medios escasean, los consumos encarecen la vida del pobre hasta hacérsela imposible.

Y entonces empieza el desastre. Primero se consumen los ahorillos, lenta y trabajosamente acumulados en tantos años de afán. Luego van deslizándose hacia la casa de empeño las sencillas superfluidades que constituyen el lujo del pobre: el reloj y los floreros de la salita; los mantones de las mujeres; el pequeño medallón, que fué regalo de boda; los pendientes de coral, herencia de la madre; todo el sinnúmero de humildes reliquias domésticas, símbolos de las alegrías y de los dolores de una vida entera, cada uno de los cuales encierra un santo recuerdo. Y, en fin, hay que sacrificar lo necesario, los muebles del modesto ajuar, los utensilios de cocina, hasta la lana del colchón. Los hombres duermen en el duro suelo, las mujeres descansan sobre un ético jergón de paja. El pan falta por último, y el hambre descarnada se sienta sobre las cenizas frías del antes próspero hogar.

¿A qué describir paso á paso la lenta y cruelísima agonía de la infortunada familia? El modernismo no tolera tamañas *sensiblerías*. Los tiempos son

poco dados al sentimentalismo. Dejemos pasar algunos meses y consignemos luego los efectos. El padre, en un raptó de desesperación, se ha lanzado á la calle desde su buhardilla, estrellándose el cráneo en la acera. La madre, ciega de llorar, mendiga de puerta en puerta. El hijo mayor se ha contratado con una empresa de emigración y surca los mares en busca del amargo pan del desterrado. El otro, convertido por la miseria en una fiera, robó y mató, y ahora extingue condena en presidio. La pobre niña ha sido devorada por la vorágine de la prostitución. De toda aquella familia, antes tan honrada y feliz, no restan sino esos tristes fragmentos, semejantes á los vestigios de un naufragio.

¿Qué importan las lágrimas vertidas, las privaciones soportadas, las esperanzas frustradas, las negras horas de hambre y desesperación? ¿Qué importan la vida que se extingue, la dicha que se desvanece, la probidad que sucumbe, la virginidad que se vende? Nada de *sensiblerías*. Todo esto no figura en el *debe* y *haber* de las cuentas de Villaverde. Seamos hombres de nuestro tiempo. Tengamos por cerebro una cifra y por corazón un guarismo. Apreciemos en números el resultado.

La disolución de la familia del obrero significa para la patria la extinción de tres existencias útiles: una madre convertida en mendiga, un hombre honrado transformado en asesino, una doncella trocada en manceba; tres nuevos hogares que debieran ser y no serán.

Todo eso ha perdido la sociedad. ¿Qué es lo que, en cambio, ha ganado el fisco? Cuando se recogió el cadáver del suicida, menester fué enterrarlo á expensas de la Administración. La madre mendiga fué también recogida en la vía pública y recluida en un asilo, donde come la bazofia de la beneficencia oficial. Al hijo delincuente hubo que perseguirle, detenerle, procesarle, condenarle, con gran consumo de actividad policiaca y curial, y hoy devora á costa del Estado el rancho del presidio. La pobre niña, prostituida por el hambre, ha caído del lupanar al hospital. Esto es cuanto produce ahora al Erario la familia que, en los días de su prosperidad, contribuía en su modestísima esfera á sustentar las cargas públicas.

¿Ha previsto Villaverde ese resultado? ¿Figura en su presupuesto de gastos la partida cuantiosa que se habrá menester para hacer frente á los sinniembros que el propio presupuesto origina? Porque pensar que no vamos á sostener los hospitales, ni á recoger á los pordioseros, ni á castigar á los delincuentes, ni á enterrar á los muertos, es pensar una enormidad. Enormidad casi tan grande como la de imaginarse que una Hacienda nacional puede prosperar arruinando al país que la sustenta. Podrá ser ardua y difícil la ciencia financiera, pero su primer capítulo es de una sencillez paradisiaca: se reduce á recordar el apólogo llamado de «La gallina de los huevos de oro».

ALFREDO CALDERÓN.

LA OLA NEGRA

Gritos de horror, lamentos y gemidos,
tempestad en los aires y en las almas,
la ola negra terrible y silenciosa
avanza, avanza, avanza.
Los cerebros se rompen; las conciencias
envueltas en las sombras agonizan;
los corazones yertos desfallecen...
todo cruje y vacila!

Hasta la hermosa juventud sucumbe en el naufragio horrendo, el pecho herido por la insaciable garra de pantera del torpe escepticismo.

Desquiciada, la conciencia se derrumba; la matrona del arte, ayer excelsa, rueda en el turbio lodazal, quebrada la corona de estrellas.

¡Todo se desespera, gime y llora!
En la inmensa catástrofe naufragan la virtud, el amor, el entusiasmo, la gloria, la esperanza.

Y sobre la ola negra que va hundiendo templos y tronos, pueblos y naciones, flotan los cuerpos lívidos y helados de los vencidos dioses!

Gritos de horror, lamentos y gemidos; tempestad en los aires y en las almas, la ola negra, terrible y silenciosa, avanza, avanza, avanza.

MANUEL REINA.

CALOR

Resulta que el Sr. Silvela tenía razón. Las vacaciones de estío son imperiosas. Para nuestra burocracia legislativa—tenemos un Parlamento de empleados—el calor es un enemigo invencible. Hay que veranear, hay que huir de la *temperatura del frito*, de que habló Ferreras, el maestro... de sus discípulos. La mayoría se declara en rebelión antes que continuar en Madrid *oyendo* cómo discute el Gobierno con las minorías.

Los diputados se van. Desobedecen los más ardientes ministeriales los llamamientos y excitaciones del ministro de la Gobernación, su buen padre, é importándoseles un ardite de los presupuestos, de los proyectos económicos y de la Patria, marchan en busca de viento fresco. El calor, sin discursos ni *garambainas*, va á reventar al Gobierno. Natural es que yo, que soy siempre de la oposición, con este y con todos los Gobiernos que nos fastidian y que amenazan fastidiarnos, me alegre y regocije de ello. Pero quizá todos los contribuyentes, mayores y menores, no piensen igual que yo; quizá todos los ciudadanos no tengan la despreocupación mía para tomar á beneficio de inventario esta política garbancera y pucheril, y no faltará quien, allá á sus solas, reflexione:

—Pues, señor; ¿conque hace calor en Madrid, eh? ¿Y aquí en...—el pueblo que sea—aquí nos morimos de frío, verdad? ¿Conque las vacaciones de estío son imperiosas? Pues vaquemos todos. ¡Huelga general! ¡Todo el mundo á tomar el fresco! ¡Todo el mundo á divertirse! Cuando venga el Fisco, y el de las cédulas, y el del reparto de consumos, y el otro, y el otro, y el otro, á sacar dinero, dejaré encargado de que estoy veraneando. Nada, nada. Bueno es que se atiendan las cargas del Estado; bueno es que entre todos salvemos á la Patria... ¡Pero hay que respetar las imperiosas vacaciones del estío!...

Verdaderamente, si no falta quien así hable, es señal de que no debe faltar. Diputalos, senadores, gobernantes, altos funcionarios, no son de mejor pasta que el último contribuyente; y si los primeros se declaran en huelga, ¡huelga por huelga! ¡A la huelga de nuestros gobernantes contestemos con otra los gobernados!...

Los que sudamos el pan amargo, el pan negro del trabajo sobre todos los surcos, ¡decláremonos también en huelga! Convirtamos en dogma la frase de Silvela. Las vacaciones del estío son imperiosas...

DON QUIJOTE



—¡Kiaós!, bueno que se pague a los teredores de la Deuda, pero ¿y los pobres repatriados?



Ay, polaviejismo, cómo me nas puesto



Aderezado y sin novia.



A no revuelto...



Suspensio hasta Septiembre.



Compren ustedes el tercer tomo de la biblioteca de DON QUIJOTE, que viene grave.

Epigrama



La calavera de un burro contemplaba don Camelo, y entusiasmado exclamaba: —¡Válgame Dios lo que semos!



¡Aparta, visión horrible!

¡Qué gran espectáculo! Quizá si los que, uncidos como burros, damos vueltas á esta noria indecente—sin probar jamás la frescura de sus aguas—nos parásemos en seco, negándonos á seguir, tuvieran que engancharse los que ahora no pueden resistir el calor; y no pueden resistirlo, porque los demás lo resistimos por ellos.

Aunque, después de todo, es fácil que no les falte razón. Las fuerzas vivas son las que pueden sobre llevar la canícula con todos sus ardores; las fuerzas muertas, no. Primero, porque no son fuerzas; después, porque el calor ayuda la descomposición de todo lo corrupto...

JOSÉ DE CUÉLLAR.

EL CANTO DEL COMBATE

¡Aguardiente con pólvora, soldados!
¡Se necesita imprescindiblemente,
para entrar en la lucha denodados,
con pólvora beber el aguardiente!

Hay que escalar la cumbre de ese monte,
antes que con sus ósculos fecundos
despierte el sol, bañando el horizonte,
la mística plegaria de los mundos.

Hay que llegar á su ríscosa cima,
cercana de los aires al palacio,
que á los cielos gigante se aproxima,
como buscando á Dios en el espacio.

Es preciso arrojar con fiera saña
al enemigo por su audaz vertiente.
¡Vosotros libraréis á la montaña
del vil oprobio que inundó su frente!

Asaltaréis su poderosa cumbre,
blandiendo el arma vuestros fuertes brazos,
y veréis cuál la hirsuta muchedumbre
rueda hasta el valle haciéndose pedazos.

Arriba el triunfo está; con él la gloria.
En vuestros pechos generosos late
un corazón sediento de victoria,
y es preciso arriesgarlo en el combate.

El alma remontad al infinito;
calad en el fusil la bayoneta;
lanzad rabiosos de la lucha el grito;
firmes subid por la pendiente escueta,

y al empeñaros en la lid reñida,
siempre embestid impávidos y estoicos,
pues su valor, al despreciar la vida,
demuestran los espíritus heroicos.

La cúspide al ganar, entre el enjambre
entrad del adversario con denuedo,
sin que sientan las piernas el calabre
terrible y torpe acusador del miedo.

En la gloria poned vuestra esperanza,
y no os dejéis vencer por el desmayo.
¡La ruda bayoneta es una lanza
que produce la muerte como el rayo!

¡Atacad vigorosos! Vuestro empuje
tiene que ser feroz é incontestable;
algo que pulverice, algo que estruje;
torrente asolador, tromba implacable.

Aunque huellas de sangre en el camino
señalen vuestros pies, y aunque rugiente
de las balas sintáis el torbellino
pasar abrasador junto á la frente,

ascendiendo seguid por la ladera,
fijas en el contrario las miradas,
en la ascensión sirviéndoos de escalera
de las rocas las puntas erizadas.

Y si del plomo la caricia horrible
sentís aguda, viva y penetrante,
no ceda vuestro ardor. Mientras posible
os sea estar en pie, ¡siempre adelante!

Rompiendo brezos y aplastando ortigas,
del monte al esparcirlos por la falda,
pareceréis ejército de hormigas
invadiendo un coloso de esmeralda.

No recordéis, en la feroz contienda,
de vuestros caros seres la memoria.
Pensad que á vuestro arrojo, como ofrenda,
nimbo de luz os ceñirá la gloria.

¡Se aproxima el instante, compañeros!
¡Sonreid á la muerte con sarcasmo!
¡Encienda vuestros rostros altaneros
la ráfaga febril del entusiasmo,

y aunque advirtáis que el cuerpo se desangre,
jamás el miedo con vosotros seal!
¡Bebed! ¡Bebed, para encender la sangre,
ese licor que excita á la pelea!

¡Aguardiente con pólvora, soldados!
¡Se necesita imprescindiblemente,
para entrar en la lucha denodados,
con pólvora beber el aguardiente!

PEDRO BARRANTES.

DISPERSIÓN

El Congreso lanza sus últimos rugidos; la jauría lanzada detrás de un Gobierno de infeliz gestión celebra con estrépito de ladridos vencedores el término de la cacería.

Los presupuestos darán en tierra con el Gabinete... Entretanto Madrid, indiferente, Madrid frívolo,

se despuebla y empieza á perder su carácter de gato friolero y aristocrático.

Han llegado las tardes poderosas de luz, estas secas tardes envueltas en un nimbo de polvo dorado, como una lluvia de talco levantada entre bastidores por el pisoteo de un coro chillón, y el Madrid rico, blanco floreado el traje y los sombreros de rojas amapolas y lianas grises, se lanza á las enormes estaciones á percibir el fuerte resuello de las máquinas que sudan aceite por sus poros de hierro, y á volar sobre paisajes caliginosos, sobre campos de angustia y de trabajo.

Los que se quedan aquí contemplan con envidia á la bulente falange que se aleja, feliz caravana que nació protegida por la mariposa de oro de la dicha; y sueñan con paisajes marinos de vigoroso color, recordados á veces como acuarelas, melancólicos por las tardes como el *Ala lía* de una planta marinera.

Se ven faros, costas verdes, playas atezadas, velas quietas sobre un horizonte diáfano de raso púrpura, y se presiente el abanicazo del aire marino, agitado como el aleteo de las gaviotas.

El mar de lomo verde, de olas fragantes que zumban su eterno poema de avances épicos, de titánicos galopes, es la obsesión de los que aquí se quedan soñando, como M. Yoyense, á través de las calles reseacas, atónitas bajo un turbión de oro llameante, con la quietud extraña de las frentes febriles.

Ahora se ve un Madrid de uniformes relavados, recosidos; un todo pobre Madrid de toreros pálidos, de poetas lívidos, de cómicos verdes que parecen avergonzados de verse solos, sin poderse perder en la estallante confusión de la seda y de las joyas.

A. LUNA.

DIÁLOGOS

Las Cortes se cerrarán
y los ministros se irán
sin tratar ciertos asuntos.
—Y cuándo las abrirán?
—¿Cuándo?... El mes de los difuntos.

—Subió el tabaco...

—A mí ¿qué?

Que baje el tabaco ó suba,
yo chupando seguiré.
—Bien se conoce que usted
ha estado empleado en Cuba!

—¿Hoy qué priva?

—Entre cristianos

llamarse guajás, tunantes,
pillos, granujas, farsantes,
y después... darse las manos,
y tan amigos como antes.

—Muchos que sucios están
y limpiarse necesitan,
al mar á bañarse van.

—Mas sus manchas no las quitan
ni las aguas del Jordán.

—Yo he sido ministro...

—Y sé

que dió usted muchos destinos.
—En seis días coloqué
á treinta y cuatro sobrinos.
—¡Valiente tío está usted!

VICENTE RUBIO.

EN LA ESTACION

EL JEFE

Descúbrese allá lejos, muy lejos, una planicie solitaria y yerma, á media legua de distancia de un pueblecillo que no figura en el mapa, ni es conocido por el gobernador de la provincia. Edificio pobre, modesto, de paredes de ladrillo y ventanas de color de chocolate, se eleva en un desierto, con una huertecilla en el costado, una aldea á la espalda, un sol implacable en el cielo, un reloj de cobre en la fachada principal y varios carriles que se entrecruzan, y se separan, y se confunden, á los pies.

Aquello es una estación de último orden; á ella no llegan más vibraciones de vida que el canto de los pájaros, el cencerreo del ganado que atraviesa la línea levantando una nube de polvo, antes de perderse en el blancuzco trazado de la carretera, las voces del gafián que cruza los campos con el pie desnudo y el azadón al hombro, y el silbido estridente de las máquinas que aplastan los rails y conducen los trenes de viajeros, los vagones de mercancías, y se detienen un instante respirando hulla, sudando vapor, dando breve reposo á sus músculos acerados y potentes, y se alejan después entre torbellinos de humo con el brusco crujir de sus ejes y el áspero chirrido de sus topes, dejando á quienes la contemplan, como recuerdo único de su paso, el rostro ennegrecido del maquinista y las caras soñolientas ó indiferentes de los viajeros.

Los trenes se suceden con intermitencias de dos, de tres horas á lo sumo; ellos no se cansan, no tienen músculos de carne que se riñan, nervios que se desplomen, ojos que se cierren, estómago necesitado de nutrirse y alma codiciosa de esparcimiento y

de solaz. Hay que recibirlos, que avisar su arribo á la estación próxima, que darles salida, que atender á la carga y descarga de las mercancías, al servicio de los viajeros, á las contingencias de la marcha; es necesario coadyuvar á las seguridades del viaje, prever los peligros, observarlo todo, dirigirlo todo; no tejar nada á la casualidad y á la incertidumbre; trabajo penoso, de responsabilidades graves, de urgencia suma, de vigilar constante y de faenas múltiples.

Y para este trabajo, para empresa tamaña y tra ginar tan rudo, no hay más que un hombre, el jefe de estación; así lo exigen la codicia y el ansia de acaparar dinero de que parecen invadidas las Compañías de ferrocarriles de España. Ese hombre, tostado por el viento y el sol, excluido ó casi excluido del trato con sus semejantes, retribuido con mezquindad y explotado con largueza, tiene que hacerlo todo, absolutamente todo; gracias á que le ayude un mozo ignorante é inexperto, que sirve á la vez de cargador y de guarda-agujas.

El jefe es al mismo tiempo, en las estaciones de último orden, jefe, factor, telegrafista, expendedor de billetes y guardián de equipajes; ni puede separarse de su puesto, porque la marcha del servicio reclama su presencia; ni comer en su cuarto, porque solicitan su vigilancia el cuidado de los andenes, el arreglo del billeteaje y la seguridad de las mercancías; ni dormir sino vestido, porque los trenes pasan cada dos horas; ni amar, cuando ama, libre y tranquilamente, porque el rumor de los besos que deposite sobre los labios de la mujer querida puede turbarse é interrumpirse por el silbido implacable y burlón de una locomotora.

Así pasa él un día y otro, esclavo del deber y de las brutales necesidades de la vida, con el reloj por compañero, por advertencia y por acicate, desafiando la lluvia, el sol, el aire, el calor y el frío, la tempestad y el bochorno. ¿Viene un tren? ¿Acaba de dormirse? No importa, á coger con mano torpe el manipulador del telégrafo, á saltar al andén, á despedir la inmensa mole de madera y hierro que tiene delante. Nada de sosiego, nada de reposo; que se rinden sus músculos, ¡á trabajar!; que se desploman sus nervios, ¡á trabajar!; que se cierran sus ojos, ¡á trabajar!; á trabajar siempre, porque no tiene más remedio, porque está solo. Para eso le paga la Compañía MIL PESETAS anuales.

Tal es su vida; vida de privaciones, de tormentos, vida de mártir, vida insufrible, digna de admiración y de aplauso; y, sin embargo, ¿quién se acuerda del jefe de estación? Nadie: para la Compañía es un instrumento, para los viajeros una mancha oscura puesta en el andén; mancha que se desvanece á medida que el tren avanza en su camino, y que se pierde luego en las negruras del horizonte; y para los indiferentes que lo ven cruzar por delante de sus ojos cuando viene á Madrid, un individuo como otro cualquiera.

Pero ocurre una desgracia, un descarrilamiento, un siniestro; el jefe de estación, el instrumento insignificante, rendido por lo penoso de su tarea, se ha descuidado un minuto, un segundo tal vez; acaso al levantarse de la silla donde reposaba, sin perfecta conciencia de sus actos, con el cerebro oscurecido por las nieblas de un sueño invencible, dió mal la salida, comunicó equivocadamente con la estación inmediata, hizo partir el tren que debía detenerse; y el tren partió, y, chocando en el camino con otra mole de la misma fuerza y de velocidad idéntica, provocó una catástrofe, representada por vagones que se destrozaban, por portezuelas que saltaban en astillas, por locomotoras que se desprendían del carril, por viajeros que sucumbían, por ayes de espanto y por estertores de agonía...

Entonces todas las responsabilidades caen sobre el desdichado jefe de estación, sobre aquel hombre que desempeña solo un servicio fatigoso y terrible; él es el culpable, el responsable, el torpe, el criminal. Si el suceso no tiene importancia, se le despide; si la tiene, se le envía á presidio.

Y mientras él sufre el hambre de la cesantía ó las amarguras de la condena, la empresa que economiza ho obres y sueldos y trabajos; la empresa que coloca un individuo donde debieran servir cinco, acapara oro, evade las responsabilidades, se enriquece, prospera, vive satisfecha y feliz, paga un sueldo de 10.000 pesetas á los consejeros y les envía todos los años un billete de libre circulación.

JOAQUÍN DICENTA.

BIBLIOTECA DE "DON QUIJOTE,"

El Padre Sanz, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

Don Carlos, por Miguel Sawa. (Denunciado.)

Polavieja, por Pedro Barrantes. (Denunciado.)

Precio de cada folleto: 20 céntimos.

Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 15 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.